

SEXO, POLÍTICA Y SUBVERSIÓN. EL CHISTE POPULAR EN LA ÉPOCA FRANQUISTA

Ana María Vigara Tauste/ Pgaría [N. del E.: José García Martínez-Calín]

Universidad Complutense de Madrid/ La Academia del Humor

amvigaraENccinf ucm es

[sustitúyase EN por @ y los espacios en blanco por .]

Resumen: A su modo, los chistes contribuían en la época franquista a prevenir, más que curar, en los españoles las heridas de una dictadura que, a fuerza de represión y de dejarlos fuera de toda decisión de poder real, precisaba de alguna catarsis más o menos lúdica. Sin intervención posible de la censura oficial, el pueblo no excluía de sus chistes a ningún posible protagonista, y por ellos desfilaban, hablando de sexo o actuando, no solo las gentes corrientes, sino incluso las fuerzas (más) vivas del país, como el ejército.

Palabras clave: Chiste, época franquista, dictadura, represión

Abstract: In their own way, jokes in the Franco era helped to prevent, rather than cure, wounds in Spaniards inflicted by a dictatorship where people needed a more or less playful healing from repression and from being kept outside of any real decision making power. Since censorship was not possible in oral jokes, the Spanish people did not exclude any possible character, so that they included in their jokes not only regular people but also even authorities, like the army ones.

Key words: Joke, Franco era, dictatorship, repression

Introducción

Sin duda, hablar en el 2002 (año en que nos encontramos¹) de sexo, de política y de subversión en la época franquista a través del chiste oral popular que entonces se utilizaba (y disfrutaba) es un ejercicio, como mínimo, arriesgado. Pero no imposible, en la medida en que

¹ Publicado en J. Uría (ed.). 2003. *La cultura popular en la España contemporánea*. Madrid: Biblioteca Nueva

conservamos todavía bastante memoria histórica (textual y vivencial) de esa época y en que el chiste, que vive como género inevitablemente inserto en una sociedad y es producto de ella, refleja necesariamente esa sociedad.

Pero para entender cómo funciona el chiste (en la sociedad y, desde luego, en la época franquista) es preciso dejar claras, antes de continuar con nuestra exposición, unas cuantas cuestiones...

Por lo que se evidencia en los chistes parece que, en principio, los seres humanos somos capaces de reírnos de todo; o al menos de cualquier cosa, incluso de las más amadas u odiadas y hasta de las más sometidas a interdicción. Pero en realidad el chiste, tantas veces considerado un subgénero menor, tantas veces denostado, va dirigido a la inteligencia: precisa de una intelección instantánea y su comicidad no funciona si no conseguimos quedar *afectivamente* al margen de lo que cuenta. Y si el pueblo (y podemos incluir en “pueblo” a una gran masa de gente de todas las edades y todas las clases sociales) disfruta del chiste no es sólo porque conoce y comparte el contexto sociocultural que le permite “entenderlo”; es sobre todo porque para él constituye el prototipo de actividad lúdica (gratuita, libre, superflua, desinteresada, placentera, no amenazante) cuya “gracia” es fácilmente accesible a todos. Por eso –y también, sin duda, porque es anónimo y de transmisión oral²–, el chiste es uno de los géneros populares más libertinos e intrascendentes.

Si trasladamos ahora todas estas consideraciones al estudio de la época franquista, no tenemos más remedio que admitir que el pueblo estaba (o parecía claramente estar) a favor del franquismo y que durante mucho tiempo ni siquiera podríamos hablar propiamente de *subversión*, entendida como lucha organizada que intenta derrocar al régimen³. Había en general un cierto conformismo ante la situación, lo cual no impedía, naturalmente, una reacción del pueblo en forma de *rechazo humorístico a la presión efectiva de la dictadura*. Necesitados (por lo demás, seguramente como todos los pueblos y en todos los tiempos) de reírse de lo que tenían cerca, de lo que les atañía, de lo que les preocupaba o les había dejado huella histórica, de lo que les resultaba, por cotidiano, inevitable..., los españoles de la época convirtieron su represión sexual (y religiosa), el transcurrir cotidiano del régimen y al propio Franco, su caudillo, en objeto preferente de sus chistes.

Y, en efecto, proliferaron los chistes sexuales (“verdes”, pícaros, “picantes”), como reacción directa contra la presión efectiva y persistente de la Iglesia, institución clave del régimen, con el sexto mandamiento, ese que se enunciaba como una prohibición y era entonces tan importante, que algunos llegaron a conocer de él hasta cuatro formulaciones distintas:

² Algo más sobre el chiste popular en su vertiente de tradición oral se puede encontrar en Ana M^a Vigar, “El chiste popular y la tradición oral”, en José Manuel Fraile y otros, *La palabra. Expresiones de la tradición oral*, Centro de Cultura Tradicional, Diputación de Salamanca, Salamanca, 2002, pp. 189-221.

³ En realidad, hasta la aparición de ETA en 1959, aunque en principio la banda limitó su radio de acción al País Vasco. La presencia y pervivencia del maquis (agrupaciones guerrilleras rurales en las que podían encontrarse comunistas, anarquistas y socialistas, dirigidas desde fuera) hasta aproximadamente 1950 no constituyó nunca un verdadero peligro para el poder.

No fornicarás
 No desearás a la mujer de tu prójimo [*sic*; nada se decía del “hombre” de la “prójima”]
 No cometerás adulterio
 No cometerás actos impuros.

Y proliferaron también los chistes sobre acontecimientos de actualidad y sobre Franco (no siempre nacidos del pueblo, como podrá apreciarse). Pero como el chiste nos instala, desde el primer momento, en el terreno de la ficción lúdica, no es preciso (sobre)entender –en contra de lo que ocurre en los actos cotidianos de comunicación– que quien lo cuenta está de acuerdo con lo dicho (con el contenido crítico, machista, político o subversivo que a posteriori podamos analizar en él), sino sólo con decirlo, con participárselo a otros para que se rían también. Así que los que hemos documentado no pasan de ser chistes meramente *desacreditadores*, faltas leves (e indirectas) de respeto a la Iglesia y al jefe del estado, a quienes parecen cuestionar, pero en modo alguno ponen realmente en peligro. Representan, en realidad, una simple reacción (o quizá una reacción simple) del pueblo hacia el exceso de poder del “padre”, pero no, en rigor, una forma (ni siquiera un signo) de subversión. Si había dos materias “cotidianas” a las que los españoles podían estar seguros de no tener libre acceso social, esas eran, sin duda, el sexo, rigurosamente vetado y reglado por la Iglesia, y la política, acaparada exclusivamente por el poder.

Esto no quiere decir que el humor(ismo) popular esté libre de connotaciones sociales o psicológicas ni que todos estos chistes sexuales y “políticos” de la época franquista sean chistes del todo *inocentes*⁴. Como dice Freud, “cada chiste exige su público especial, y el reír de los mismos chistes prueba una amplia coincidencia psíquica” (1967: 892-893); a lo cual podríamos añadir, en paralelo: cada chiste exige su contexto sociocultural, y el reír de los mismos chistes prueba, sin duda, en quienes los disfrutaban una amplia coincidencia vivencial de ese contexto. El que no podamos hablar de subversión en los chistes de la época franquista, sino simplemente de “libertinaje”, ni podamos probar que tales manifestaciones populares, precisamente por serlo y por intrascendentes, sufrieran, en rigor, la intervención “oficial” de la censura, no significa que no encontremos en ellos mucha información de cómo eran las cosas entonces y de cómo las veían (y las aceptaban o no) los españoles de aquellos días. De hecho, a nosotros, que nos sentimos muy honrados por esta invitación, pero no somos historiadores, sino simples estudiosos-amantes del humor, tanto como el tema de que tratan directamente los chistes (o quizá más) nos interesa el decorado que hay de fondo en ellos: esas alusiones a la situación social, a la vida cotidiana de la España de la época y a los afanes (no sólo sexuales o políticos) de sus sufridos habitantes. Es decir, nos interesa sobre todo, de su contenido, que nos permitan además deducir de otros detalles el entorno del que nacen y el funcionamiento de la sociedad que los crea, los divulga y los disfruta.

⁴ Freud opone al chiste “inocente” el chiste “tendencioso”. El punto de vista de Freud es, sin embargo, el de un psicólogo (psicoanalista), muy diferente del nuestro; para él, que consideraba “inocentes” los chistes que nosotros llamaríamos ahora “blancos”, todos los chistes “verdes” o pícaros serían “tendenciosos”, así como los escatológicos y los políticos.

1. Los chistes pícaros

Innegablemente, en la época franquista el chiste sexual o “pícaro” vive una etapa de auténtico esplendor. Y no es de extrañar, claro; y no sólo porque el sexo, entonces como ahora, era muy “cotidiano” e “inevitable”, sino también porque la sexualidad y la actividad sexual de los españoles estaban controladas, regladas y hasta “sancionadas” desde todas las instancias del poder (político, religioso, socioeconómico, familiar) y hasta la mención de la palabra *sexo* podía ser censurada en los medios de comunicación (como lo eran en la televisión y el cine los besos, las efusiones amorosas y otros muchos términos relacionados con el “pudor”, lo que llevó a muchos adolescentes –sobre todo niñas– de la época a creer que un simple beso en la boca podía provocar el embarazo).

Sin intervención posible de la censura oficial, tan activa en otras manifestaciones culturales menos efímeras (y accesibles), el pueblo no excluía de sus chistes pícaros a ningún posible protagonista, y por ellos desfilaban, hablando de sexo o actuando, no sólo las gentes corrientes, sino incluso las fuerzas (más) vivas del país, como el ejército –sin el cual era inexplicable el estado– y sus mandos⁵: 13

Aquel capitán, que tenía una mujer hermosísima, había escogido entre los nuevos soldados a un asistente de burda apariencia. Sin embargo, el mismo día le llegaron rumores de que el fulano era elemento de armas tomar en cuestión de hembras. Lo llamó a su oficina.

–Oye, me han dicho que a ti se te dan bien las mujeres...

–Sí, mi capitán, yo en mi pueblo para eso soy una fiera.

–Conque sí, ¿eh?; a ver, hazte una paja.

Obedeció el soldado.

–Otra más.

Ejecutó de nuevo la orden

–Sigue haciendo hasta que te diga basta.

A la quinta el garañón echaba el bofe.

–Mi capitán, estoy desengrasado, no puedo más.

–Está bien, toma las llaves del coche y lleva a mi mujer al mercado.

(pág. 68),

la clase política (véase el siguiente apartado), la Iglesia y sus miembros:

El obispo de la diócesis se llega en visita pastoral hasta una aldea perdida en la montaña. Con el júbilo que es de suponer, el cura acoge a su superior, le muestra sus dominios espirituales, le invita a decir misa en el modesto templo y, por último, se lo lleva a casa a almorzar.

Charlan de lo humano y lo divino y, al final del ágape, el obispo se interesa por la vida cotidiana del solitario preboste.

–La mía, monseñor, es una existencia tranquila y sin sobresaltos. El Señor no manda problemas excesivos a su siervo. En cuanto a entretenimientos, ¿qué quiere que le diga?; yo, aquí, mi café y mi rosario.

⁵ En su obra *El triángulo de las verduras* (de donde hemos extraído los ejemplos utilizados en este apartado: los números de página remiten a esta recopilación), Gabriel Plaza Molina clasifica los chistes pícaros según su característica semántica dominante en *a*) de hipérbole, *b*) de equívoco, *c*) de ingenuidad y *d*) gestuales; y luego, según el tema, en *a*) los referidos al tamaño del pene, fanfarroneo, exhibicionismo; *b*) los referidos al buen comportamiento sexual; *c*) los referidos a la noche de bodas; *d*) los que acontecen “por prescripción facultativa”, y *e*) los de cornudos o referidos a cuernos.

Pasa en esos momentos la criada a recoger los platos.
 –A propósito, Rosario, ve haciéndonos un buen café.

(pág. 263),

los patriotas más “efectivos”: 14

El concurso de miembros tenía esta vez como motivo el tatuaje del nombre del país a que los concursantes pertenecían. Apareció primero el representante de Finlandia mostrando una orgullosa F, que tras el experto masaje de una azafata, se convirtió en la denominación del país nórdico. Cálidos aplausos, y subió a la palestra el representante de Dinamarca. Le siguieron los de Checoslovaquia, Nueva Zelanda y Arabia Saudí, que hicieron atronar el salón con ovaciones.

Un silencio despectivo, seguido de bisbiseos, acogió la presencia del representante español. Sobre una mísera piltrafa ostentaba una E, que auguraba un fracaso de antología. Inició la azafata su faena y al silencio sucedió un clamor cada vez más encendido que terminó en explosión de júbilo cuando todos leyeron asombrados: “En un lugar de la Mancha...”

(pág. 57),

y hasta los niños, cuya (supuesta) inocencia –se supone que los niños no practican el sexo y con ellos no se habla de semejante tema, del que nada entienden ni deben entender– ofrece frente a los asuntos “de adultos” un contraste que puede ser muy útil para permitirse cualquier atrevimiento en el terreno de la sexualidad o de la moralidad dominante. De hecho, los chistes con niños, sobre todo los de Jaimito, fueron muy populares y mostraron una gran productividad:

Jaimito se acerca al sofá donde su padre lee el matutino.

–Papá, voy a casarme.

El padre, con buen humor, opta por seguirle la corriente:

–¿Y quién es ella?

–Una compañera de colegio de mi misma edad; tú no la conoces.

–Muy bien, ¿y ya sabes con qué vas a mantenerla?

–Hemos pensado que tú podrías pasarnos una asignación mensual hasta que yo me haga mayor y busque trabajo.

–Pero eso no será suficiente si os empiezan a venir hijos...

–Malo será que no sigamos teniendo suerte –atajó Jaimito restando importancia al asunto.

(pág. 177)

Junto al sexo, marco común de todos los chistes que integran este apartado, está siempre de fondo –aunque no siempre de modo explícito–, omnipresente y omnifluente, la Iglesia, autoridad religiosa de la que pasaron a depender desde el principio (y cada vez más) prácticamente todos los actos fundamentales del estado civil. La confesionalidad del estado fue ratificada por el artículo 6 del Fuero de los Españoles en 1945, y desde agosto de 1953 estuvo vigente el Concordato Iglesia-Estado, que favoreció tanto el poder de esta institución en el país, que –como se ha dicho– el Concilio Vaticano II supuso para ella, más que una necesidad de adaptación (como para el resto del mundo católico), un auténtico “susto”⁶.

En este país “católico, apostólico y romano”, muchas costumbres y convenciones sociales se convirtieron en dogma. La Iglesia propugnó la separación de sexos en la escuela, tuvo el

⁶ Evidentemente, no estamos solos en estas consideraciones. Según se destaca en la portada del periódico *Menos 25* (de distribución gratuita en los medios universitarios) del 26 de febrero del 2001, para el hispanista Stanley Payne, “el franquismo, de serlo [de ser fascismo], fue un ‘fascismo frailuno’”.

control de los textos escolares y participó en todos los organismos de censura previa de libros, prensa y espectáculos (Ferrándiz y Verdú, 1974, pág. 246). Su influencia, que fue suavizándose con el tiempo, fue decisiva siempre en la ideología y las normas vigentes en la educación, la cultura y el ocio, y, por extensión, en la vida entera de los españoles, desde su nacimiento hasta su muerte. Se suprimieron las fiestas populares (durante mucho tiempo, pueblos y aldeas celebraron clandestinamente, sin apoyo y sin medios, sus carnavales, fiesta particularmente condenada por “atea”), la “vida nocturna” quedó limitada a las dos primeras horas tras la medianoche, la prostitución y el juego fueron prohibidos (con excepción de la lotería y las quinielas), los cines eran considerados antros de perdición que había que vigilar (de hecho algunos fueron, en las ciudades, auténticos “peladeros de pava” más o menos conocidos y consentidos) y las películas se censuraban sin piedad...

En el terreno de la moralidad (pública y privada) no fue menor la influencia de la Iglesia, que se propuso explícitamente salvaguardar a las españolas de una condena segura a los infiernos mediante una labor de segregación y de formación que abarcaba todas sus etapas vitales. Para conseguirlo,

- a) se las educaba en una sociedad patriarcal en la que la madre quedaba confinada al espacio privado del hogar, pero era el padre el que ostentaba, como “cabeza de familia”, el poder en él;
- b) se les exigía que preservaran su “inocencia” y su castidad (físicamente, su virginidad) hasta el matrimonio (y su honestidad siempre), primero separándolas en la escuela de los niños, después poniéndolas al servicio de los intereses del varón y sometiéndolas a él (novia y esposa eran patrimonio, “propiedad privada” del novio y del marido);
- c) se esperaba de ellas que su relación sexual fuera productiva, que, sometidas al vínculo indisoluble de un matrimonio eclesiástico y monogámico, dieran hijos a la patria (los premios a la natalidad que se concedían anualmente a las familias con más hijos eran objeto de reportaje en el No-Do, noticiario semanal cinematográfico desde 1942) y se dedicaran en cuerpo y alma a su cuidado.

Para velar por ellas y contribuir activamente a su formación se crearon asignaturas especiales en los colegios (“Hogar”) y se fundaron la Sección Femenina de la Falange Española y el Auxilio Social de Acción Católica (que acabó, desvirtuado, convertido en el Servicio Social, cuyo diploma se obligaba a tener a las chicas que buscaban trabajo)⁷.

Como secuela quizá inevitable de esta situación, los españoles (hombres y mujeres) sufrieron de una *sobreexcitación sexual* (Ferrándiz y Verdú, 1974, pp. 143-144), esto es, de atracción, apasionamiento y exasperación sexuales artificialmente estimulados por la represión. Si es verdad que prohibir algo es convertirlo en deseable, nuestros antepasados tuvieron muchas

⁷ Para los hombres adultos sobre todo se realizaban Ejercicios Espirituales y Cursillos de Cristiandad. Para las élites fue decisiva la creación del Opus Dei en 1950.

buenas razones para fantasear en sus chistes sobre lo que la realidad les negaba –y más quizá porque lo que se intentaba evitar era, seguramente, inevitable. En ellos, las niñas, bajo su aparente inconsciencia, no eran tan inocentes como quería el régimen:

–Matilde Hernández –llamó el profesor de Anatomía–, salga a la pizarra y dibuje el miembro viril en su estado habitual.

Matilde, una mocita de pura artesanía, tomó una tiza y dibujó con pelos y señales una respetable verga en erección.

–Señorita Hernández, me gustaría saber qué entiende usted por estado habitual...

–¿No es correcto, profesor? Pues yo siempre los veo así...

(pág. 174);

las mujeres, confinadas al hogar y entretenidas con las tareas domésticas y las radionovelas, también pensaban en el sexo:

La criada, con la caja de leche en polvo en una mano y el cazo en la otra.

–Señorita, ¿cuánto polvo hay que echar para obtener un litro de leche?

La dueña, abstraída con la novela radiofónica:

–¡Uuuhh!⁸

(pág. 182)

y no siempre eran tan honestas como se quería:

Caminaba un poco a trompicones, tapándose con la mano el ojo izquierdo. Una amiga que encontró al paso le preguntó:

–Rafaela, ¿qué tienes en ese ojo?

–Mira, mira cómo me lo ha puesto mi marido.

–¿Tu marido?, ¿pero no estaba de viaje?

–Eso mismo creía yo...

(pág. 131);

los hombres, intensamente ocupados los fines de semana con el fútbol y las quinielas, encontraban también su momento de esparcimiento “animal” y el modo de presumir de ello con sus compañeros de oficina:

Tras comprobar el fracaso de la quiniela comunitaria, la sección administrativa disolvía la resaca del domingo relatando cada uno el momento en que con mayor apetito realizaba el acto carnal con su costilla.

–Para mí no hay como el sábado sabadete⁹. Yo para eso soy muy clásico.

–Mi mejor momento es el domingo de mañanita, sabiendo que uno no tiene que ir a currelar; ¡es como sacarse la espina de toda la semana!

–A mí me viene bien cualquier hora. ¡Con decirnos que ayer me puse cachondo al ver a la mujer agacharse para echar la basura al cubo, y la cargué allí mismo...!

De este tenor se iba desarrollando el contraste de pareceres. Todos habían opinado ya, salvo uno que a largas chupadas fumaba su cigarrillo en silencio.

⁸ El dato de la leche en polvo sitúa cronológicamente a este chiste en los años 60 al menos, después de la venida de Eisenhower a España (pues el Plan Marshall de ayuda financiera norteamericana a Europa no llega a España, que no había intervenido en la Segunda Guerra Mundial).

⁹ Alude al dicho, entonces muy popular, “sábado sabadete, camisa limpia y polvete” (en otra versión se decía “camisa nueva y polvete”).

–Eh, tú, Dionisio! Aquí hay que retratarse todo el mundo. A ver, tu punto de vista sobre este trascendente asunto.

–A mí olvidarme. Yo estoy por encima de eso.

–Va, no seas chulo, suéltalo ya.

–Está bien. A mí cuando más me gusta es después de comer. Recojo el mantel con todos los cacharros dentro, lo echo en la pila, tumbo a la mujer sobre la mesa y allí mismo me la quilo.

Todos a coro:

–¡Hala, qué basto!

–Basto, sí, pero, ¿y lo que disfrutaban los chavales?

(pág. 83);

y como se presuponía, por exigencias morales, la honestidad de la mujer, las relaciones prematrimoniales estaban prohibidísimas y hasta el sexo en el matrimonio estaba mal considerado si no era con fines reproductivos, resultaba fácil hacer burla de la inesperada falta de inocencia de la joven novia:

La primavera la sangre altera, y el gachó andaba crispado como un verraco en celo. Le faltaba una semana para casarse y había decidido que ya no podía resistir más. Pero aquella novia... ¿Por qué serán las mujeres tan honestas y conservadoras en este país? Habían regresado del cine, de ver un film clasificado “S”, la noche estaba como un caldo, el fondo del portal oscuro...

–Josefa, por lo que más quieras, déjame aunque sólo sea la puntita.

–Serénate, Julián, y aguanta un poco. Total, no nos queda ya más que una semana.

–Pero, mujer, no hay ninguna razón para que yo deba estar hecho una bestia desesperada.

–Sí que la hay. Tres por lo menos.

–A ver, dime cuáles.

–La primera, que es una lástima que tras haber pasado tres años de noviazgo puro y casto, lo estropeemos todo en vísperas de la boda. La segunda, que imagínate el escándalo si alguien entra en ese momento y enciende la luz. Y la tercera, amor mío, que cada vez que jodo de pie, me entra un dolor de riñones que me doblo.

(pág. 91),

del “pobre” cornudo:

Como hacía habitualmente, al pasar junto al portero le saludó:

–Hola, Felipe.

–Hola, cornudo –contestó el aludido.

Quedó desconcertado el vecino, pero no dijo nada, pensando que le habían engañado sus oídos. Bajó después de comer, camino del trabajo, y volvió a saludar:

–Hasta luego, Felipe.

–Hasta luego, cornudo.

Al día siguiente, al salir por la mañana:

–Buenos días, Felipe.

–Hola, buenos días, cornudo.

Sorprendido e irritado, el vecino contó el incidente a su mujer.

–No te preocupes ni te hagas mala sangre –le aconsejó ella–, toda la vecindad sabe que ese hombre está un poco loco. Es mejor que no te des por aludido. Tú, como si tal cosa.

Siguiendo la recomendación, al día siguiente, cuando al bajar volvió a toparse con el portero, lo saludó sonriendo:

–¿Qué hay, Felipe?, buenos días.

–Buenos días, cornudo; ¡ah, y chivato!

(pág. 132)

y de la desatada pasión que desencadenaba en unas cuantas familias la proliferación de hijos que les permitía acceder a los famosos premios a la natalidad:

Un caballero espera en la parada el autobús que lo llevará al trabajo. Justo detrás de él se abre un portal y comienzan a salir chavales uniformados, de distintas edades, pero de un extraordinario parecido físico. Disciplinadamente van colocándose a la cola en la parada a continuación del asombrado caballero, que ha ido contando hasta diecinueve.

–Caramba, caramba, ¿sois todos hermanos? –pregunta, sin poder contener su curiosidad, al mayor de todos, colocado a su vera.

–Sí, señor, somos hermanos.

–Pues, tendréis a tu madre en palmitas...

–No, señor, a mi madre la tenemos escondida en un armario para que no la vea mi padre.

(pág. 70).

Lo reflejado en los chistes es, sin duda, una sociedad de mirada androcéntrica (machista), en la que prevalecen las opiniones y los valores del sexo masculino sobre el femenino y, en general, las mujeres están al servicio de los varones; y una sociedad en la que, por supuesto, se presupone la hombría al varón y la heterosexualidad a todo el mundo (que lo otro sería “enfermedad” para aquellos tiempos). Por eso probablemente, no hemos encontrado chistes de lesbianismo (con lo que se confirma la invisibilidad secular de la mujer y de su sexualidad); y alguno que parece reírse de la homosexualidad masculina sirve en realidad para justificarla y excusarla (como se justificaba y excusaba la infidelidad masculina; no, ciertamente, la femenina):

Camino del Bernabeu se encuentran dos viejos amigos.

–Coño, cuánto tiempo. Oye, y a propósito, ¿cómo va aquello de tus almorranas?

–Fabulosamente, oye. Tengo un paciente practicante que me las está curando fetén. Mano de santo, oye, dando el masaje.

–Coño, me alegro, ¿entonces no se trata de ningún método doloroso?

–Qué va, incluso yo diría que da cierto gustillo. Verás. El tío me tumba de espaldas, me pone una mano sobre el hombro izquierdo, la otra sobre el derecho... ¡Hostias, tú!, ¿entonces con qué carajo me da el masaje?

(pág. 199).

Algunos chistes nos proporcionan la prueba de que los españoles de la época eran conscientes de su falta de educación sexual:

Cogidos tiernamente de la mano, entran en la consulta.

–Doctor, nuestra máxima ilusión es tener muchos hijos, pero llevamos tres años casados y Dios no quiere concedernos esa gracia. Si usted pudiera ayudarnos para que la Naturaleza colabore con los sagrados designios del Señor...

–Veamos, veamos, ¿ustedes hacen vida marital normal y sin problemas?

–Sí, doctor, somos un matrimonio muy compenetrado y existe entre nosotros un amor muy profundo.

–Quiero decir que si sus relaciones sexuales son satisfactorias en todos los sentidos.

–Pues, verá... exactamente no entendemos a qué se refiere.

–Pregunto, señor mío, si usted copula con su mujer y tiene eyaculaciones normalmente.

Se miraron los dos tórtolos encogiéndose de hombros.

–¡A ver, desnúdese, señora!

–¿Entera?

–¡Entera! Túmbese en la camilla.

El facultativo hace por su parte otro tanto y con prepotente habilidad le coloca a la empachosa una

inyección de carne cruda.

–¿Ha tomado usted nota? –dice luego al romántico esposo, que ha seguido con curiosidad la maniobra.

–Sí, doctor.

–Pues, ya lo sabe. La misma operación, tres veces por semana como mínimo.

–¿Le parece bien, entonces, que vengamos lunes, miércoles y viernes?

(pág. 27)

y otros la de que, además, procuraban ingeniárselas, con más o menos arrojo o picaresca, para salir del paso:

Entró en la farmacia y soltó sin tapujos:

–Eh, oiga, ¿me da un condón?

–Hombre, tenga cuidado con la lengua...

–Es cierto, entonces deme dos.

(pág. 160).

Para poder utilizar esos condones (que el personaje del anterior chiste pretende comprar) en una relación sexual ilícita (prematrimonial o adúltera, no podría ser de otro modo: ya hemos dicho que la matrimonial estaba destinada a la procreación y el intentar evitarla con métodos “no naturales” era pecado de confesión), el hombre tendría que buscar un lugar discreto en el que estar en privado con la mujer: la Casa de Campo madrileña, por ejemplo:

Anochece en la Casa de Campo y un vigilante que hace su ronda observa un bulto en movimiento junto a un pino.

–¿Quién anda ahí? –pregunta acercándose.

–Gente.

–¿Y qué hace esa gente?

–Más gente.

(pág. 93)

o el coche propio, si se poseía, porque en los hoteles se pedía el libro de familia para alquilar habitaciones dobles.

Hasta los chistes pícaros llegaron las novedades y los adelantos de una sociedad que, aunque aislada internacionalmente al principio¹⁰, se pretendía capitalista e iba haciendo lentos pero firmes progresos: la expansión del turismo desde mediados de los 50, que desarrolló la fantasía de las suecas (de todas las nórdicas en realidad, representadas unitariamente en las suecas) descocadas, devoradoras de hombres, y puso de moda la profesión de azafata, tan liberal para aquellos tiempos, que resultaba para muchos sospechosa:

Una redada en el Barrio Chino¹¹ abarrotó de súbito la comisaría. Por pura formalidad, el inspector fue

¹⁰ Al final de la guerra, el cerco diplomático sobre España fue aceptado por la Organización de las Naciones Unidas (se retiraron todos los embajadores, excepto los de Portugal, Suiza y El Vaticano). En 1950, la ONU aceptó restablecer relaciones diplomáticas con el gobierno español; en 1951, España fue invitada a ingresar en la Unesco y comenzó a llegar la ayuda norteamericana, que se acrecentó notablemente con la instalación de bases militares a partir de 1953; en 1957 comenzó una liberalización económica que sería ya irreversible; en 1959 se fijó la paridad oro de la peseta y se puso en marcha el Plan de Estabilización económica del estado.

¹¹ Las casas de prostitución fueron prohibidas en 1956.

recorriendo la fila de las atrapadas preguntando:

- ¿Usted a qué se dedica?
- Yo soy azafata
- ¿Y usted?
- Azafata
- ¿Usted, la pelirroja?
- Azafata, como estas dos.
- ¿Usted, la que sigue, también es azafata?
- No, yo soy puta.
- Vaya, hombre, menos mal, ¿y qué tal marcha el negocio?
- Bastante flojo desde que hay tanta azafata haciendo la competencia.

(pág. 154);

los afanes por buscar y conseguir una vida mejor, que despobló el campo en la década de los 60 a favor de las grandes ciudades y de los municipios de la periferia industrial a la par que se sucedían el I, II y III Plan de Desarrollo:

- ¡Diploma, Diploma! –gritaba el hombre en el parque infantil.
- Presuroso acudía el niño y se abrazaba a las piernas de su abuelito. Un amigo de éste, que le acompañaba, le preguntó:
- Muchacho, ¿por qué le llamas Diploma al niño?
- Pues ya ves: mi hija se fue a Madrid a aprender corte y confección y mira el diploma que me ha traído...

(pág. 181);

el aumento del nivel de vida de las capas medias y su acceso más o menos esforzado a los electrodomésticos y hasta al coche¹², al paradigmático Seat-600 que tanta movilidad dio a los sufridos españoles “de a pie”:

- Resulta, padre cura, que tengo novio.
- Bueno, hija mía, eso en principio no es pecado.
- Pero es que hace tres días mi novio se compró un “Seiscientos” y lo estrenamos hoy.
- Bien, bien, ¿pero cuál es la falta?
- Esta mañana temprano fuimos a dar un paseo. Al salir del pueblo, echó por un camino y aparcó bajo una encina. Me hizo pasar para atrás. “Coloca esta pierna en esa anilla –me dijo–, y esa otra en aquella.” Cuando así me tuvo despatarrada, apartó la braga y...
- ¿Cuándo dices que compró el coche?
- El martes de esta semana.
- ¡Me cago en mi madre! ¡Cinco años llevo yo con un “Seiscientos” y ahora descubro para qué servían las dos anillas!

(pág. 281)

y tantos otros que, aunque sin tiempo ni espacio aquí para mostrarlos en chistes, contribuyeron también a aliviar poco a poco la situación (sexual y social) de los españoles.

¹² La motorización de los españoles comenzó a mediados de los años 50, con los primeros signos de recuperación económica; el seiscientos no se popularizó masivamente hasta entrados los sesenta; esto sitúa cronológicamente al chiste en los sesenta avanzados.

2. Los chiste políticos (sobre Franco)

La primera tarea de todo nuevo gobierno tras una guerra civil es la de intentar reconstruir un país que ha quedado destruido por la guerra y con sus supervivientes ideológicamente divididos. Para Franco, el nuevo caudillo de los españoles desde la victoria de 1939, quedan por delante muchos años de “normalización” en todos los órdenes (político, económico, social, ideológico...). La tarea no está exenta de dificultades y sus peripecias son minuciosamente seguidas, a su manera, por los chistes¹³, que las convierten en “bromas” intrascendentes que alivian las dificultades cotidianas.

Para triunfar y perpetuarse en el poder, el nuevo régimen se manifiesta desde el principio como un régimen autoritario que concede prebendas a los vencedores (adjudicación de estancos, loterías y gasolineras a excombatientes, excautivos, mutilados y huérfanos de guerra) y elimina obstáculos atajando con mano firme los rescoldos de rebelión, disidencia o subversión que pudieran surgir en los vencidos. Al final de la guerra le sucede el funcionamiento intensivo de los Tribunales Militares y un alto número de ejecuciones (unas 10.000 en 1939). Aunque no es para reírse, la figura de Franco sí aparece en los chistes como responsable último de todas estas decisiones políticas y militares (en este ejemplo, aprovechando el posible doble sentido de “joder”):

Francó y su mujer están acostados en su cama. El Caudillo duerme a pierna suelta, pero doña Carmen Polo, su esposa, se encuentra desvelada por el picotazo del gusanillo sexual. Le da con el codo a Franco, lo zarandea y susurra:

–Anda, Paco, vamos a joder...

Y Franco salta de la cama, corre a su despacho y se pone a firmar sentencias de muerte. [1940]

Son años duros de represión (en todos los ámbitos) y de hambre, en los que sólo con cartillas de racionamiento puede el pueblo conseguir aceite, azúcar, tocino, boniatos, bacalao, garbanzos; agravadas por la escasez de materias primas, el aislamiento internacional, las consecuencias de la Segunda guerra Mundial en toda Europa y el ataque puntual de brotes de diarrea, golondrinos, forúnculos y hasta de tuberculosis (que se creía erradicada), que hacen fácil presa en la malnutrida población y obligan a multiplicar sanatorios en los que poder atenderla. El pueblo resume en un chiste muy difundido cuál es la situación política del momento, con las instituciones más influyentes en España: *España es el país de las tres eses... Porque mandan Sable* [Ejército: todavía no se le llama “Fuerzas Armadas”], *Sotana* [Iglesia] y *Sindicato* (fechado en 1941; la Ley de Organización Sindical se aprobó en noviembre de 1940). Pero la figura de Franco permanece inmutable en los chistes, en su papel de caudillo-guía *optimista* no sólo con la sanidad:

Ante los micrófonos de Radio Nacional, Franco transmite su mensaje de Navidad. Y como siempre, con optimismo:

–Españoles: antes de nuestra gloriosa Cruzada sólo había en España ochocientas camas para

¹³ Los ejemplos recogidos en este apartado fueron documentados y publicados por el propio P. García en su libro *Los chistes de Franco*, en donde aparecen fechados con precisión, junto al acontecimiento político que les dio origen; en los ejemplos, la fecha aparece citada al final entre corchetes, salvo que haya sido previamente incorporada al texto.

tuberculosos. Ahora, gracias a nuestra gestión, ¡ya podéis ocupar cuatrocientas mil! [1942]

y la economía:

Franco preside un Consejo de Ministros. Preocupado por la situación económica, ha perdido un informe sobre las reservas económicas. Juan Antonio Suanzes, ministro de Industria y Comercio, expone:

–Tenemos gasolina para quince años; carbón, para treinta; divisas, para otros treinta; trigo, para setenta...

El Generalísimo sonrío satisfecho.

–Así que la situación no es tan mala. Los españoles cuentan con reservas para las dos próximas décadas como mínimo.

–Perdón, mi general. Creí que Su Excelencia había preguntado qué reservas había *para nosotros*... [1945],

sino incluso con las posibilidades de superación “mágica” de la acuciantes miseria y , en el colmo ya de falta de sentido de la realidad, con sus habilidades militares cuando sopesa las posibilidades de utilizar una estratagema para conseguir que España, que no había intervenido en la Segunda Guerra Mundial, recibiera también las ayudas financieras del Plan Marshall estadounidense:

En otro Consejo de Ministros el Caudillo pide opiniones para superar los obstáculos del hambre y la crisis económica que se ceban en España. Toma la palabra Raimundo Fernández Cuesta, ministro de Justicia:

–La única salida que se me ocurre, Excelencia, es la de que declaremos la guerra a Estados Unidos. Llegan los americanos, nos terminan de arrasar y luego nos incluyen en el Plan Marshall; aportan dólares a sacos y nos ponen boyantes del todo.

–No está mal, no está mal... –murmura Franco. Luego se vuelve a su ministro y dice–: Pero, Raimundo, ¿y si les gano? [1947]

En los chistes se refleja con nitidez la permanente labor propagandística del régimen, centrada sobre todo en la figura del caudillo, que se hace omnipresente *en los hogares* (con discursos radiofónicos –después también televisivos– en fechas señaladas y continuas referencias en los noticiarios de Radio Nacional), *la prensa* (severamente censurada), *las escuelas* (con grandes fotografías oficiales colgadas de las paredes de cada aula, generalmente junto al crucifijo), *los cines* (con el No-Do, noticiario semanal de proyección obligada en todas las salas que fue desde su creación en 1942 uno de los pilares esenciales de publicidad de la figura de Franco, propaganda del régimen y “formación del espíritu nacional”¹⁴ de los españoles) y *la correspondencia*, que no en vano era obligatorio *franquear*; y desde 1957 en *el bolsillo de todos los españoles*, con la acuñación de monedas con su efigie, en las que –se contaba–, por un error de acuñación decía “Caudillo de España por la gracia de Dios” y debía decir “Caudillo de España *por una gracia* de Dios”. En el siguiente chiste, fechado en 1948, cuando la Argentina de Perón, pese al aislamiento acordado por la ONU, ayuda a España con créditos para trigo, maíz, carne congelada y otros productos y el cantante mejicano Jorge Negrete nos visita en loor de multitudes, el propio Franco se compara con él:

A Jorge Negrete se le organiza una recepción oficial. Franco le saluda cordialmente al cantante:

–Me alegra estrechar la mano a un colega...

–Mi general: yo sólo soy el galán de las películas de charros...

¹⁴ Este era además el nombre de una asignatura que se impartía en las escuelas a los niños, conocida popularmente como “Política”.

–Claro, hombre. ¡Y yo soy el galán del Nudo!

En los peores tiempos de “la pertinaz sequía”, en que inauguró durante diez años pantano tras pantano, los españoles imaginaban a Franco proclamándose a sí mismo rey, y se preguntaban:

Si Franco se proclamara rey, ¿cómo se llamaría? ... Franco I el Hidráulico [1953].

Y si –para asombro del caudillo, dada la intensa labor de propaganda sobre su persona– había alguien en España que pudiera superarle en popularidad, ese no podría ser más que el presentador o el concursante de turno en uno de esos concursos en que la radio y la televisión competían por quedarse con la audiencia; en el ejemplo se alude al de la firma Gallina Blanca, que promocionaba en la radio su caldo en cubitos con premios de un millón de pesetas y un piso:

Franco ha salido a cazar. Junto a un barranco, tropieza y cae al vacío. Consigue agarrarse a unas matas y pide auxilio. Providencialmente pasa un pastor, y lo rescata. El Generalísimo está tan agradecido que dice:

–Por haberme salvado voy a hacerte un regalo muy importante. Te voy a dar un millón de pesetas y una vivienda. ¿Te figuras quién puedo ser?

–¡Claro, hombre! ¡Usted es el del Ave Crem! [1960]

De su vida “personal” no trascendía prácticamente nada más allá de su afición por la pesca y la caza, en las que la propaganda oficial lo presentaban como un gran cobrador de piezas, aunque el pueblo, que chisteó continuamente con estas habilidades de Franco, sospechaba, al parecer, que alguien se encargaba de atraer las piezas al lugar oportuno para que Franco pudiera cobrárselas con facilidad, o incluso que se las proporcionaban ya cobradas, para la foto o el reportaje del No-Do. La sospecha se extendió después al príncipe Juan Carlos, designado oficialmente su sucesor en un solemne pleno en las Cortes el 22 de julio de 1969, de quien el pueblo tampoco sabía mucho más que lo que el propio régimen había filtrado:

El secretario del Caudillo, se presenta en su despacho, muy preocupado: - Mi general: los hombres-rana se han declarado en huelga.

–¿Por qué?

–Porque dicen que si no tenían bastante con arrastrar cachalotes para engancharlos en el anzuelo de Su Excelencia, ahora tienen que empujar el yate de Don Juan Carlos para que no llegue el último

En general, esta misma es la imagen que dan de Franco todos los chistes a lo largo de sus muchos años de gobierno (al menos los chistes conservados): la de alguien serio y “aburrido” más interesado en la política que en el sexo, consciente de su inmenso poder dictatorial y del efecto que sus mínimos deseos tienen sobre sus subordinados:

Cierta día, tras un Consejo de Ministros, Franco no encuentra su cartera. Llama a Blas Pérez González, ministro de Gobernación, y le ordena que investigue a sus compañeros de gabinete para ver quién se la ha sustraído. Al día siguiente, al ponerse a trabajar, la halla debajo de un montón de papeles que la habían ocultado. Telefonea a Gobernación y ordena a su ministro que suspenda la pesquisa. Y contesta Blas Pérez, abatido:

–Mi general, me hace polvo: ya habían confesado todos [1951]

y la sola mención de su nombre sobre el pueblo oprimido:

En un examen de fin de curso, un alumno se presenta bastante “pegado”, pero dispuesto a salir adelante

como sea.

–¿Quién ganó la batalla de Salamina?

–¡Franco!

–¿Quién enunció la ley de gravitación universal?

–¡Franco!

–¿Quién inventó la radio?

–¡Franco!

El profesor mira ceñudamente al chaval:

–¿Sabe que es usted una auténtica calamidad?

Y replica el chico:

–¿Y sabe usted que me resulta un profesor un poco rojillo? [1942];

y también alguien un tanto petulante y mesiánico, un poco autista en su percepción de las cosas y en su relación con quienes le rodeaban y con la realidad (tan gris y falta de expectativas para la mayoría), que probablemente se veía a sí mismo como un auténtico salvador de la patria (que debía escribirse entonces Patria, con mayúscula inicial). Por eso, por ejemplo, tras promulgarse la Ley de Contrato de Trabajo (27 enero 1944), en la que se establecía que, una vez encontrado un empleo, el obrero podía contar con que la relación laboral establecida con el patrono era ya indisoluble (salvo casos extremos), Franco esperaba la aclamación de su pueblo, que no se le mostraba –al menos en los chistes– muy agradecido:

Una gran concentración de trabajadores se manifiesta a las puertas del palacio de El Pardo. Franco habla con su ayudante personal:

–Vienen a darme las gracias por asegurarles el empleo vitalicio, ¿verdad?

–No, Excelencia. Protestan porque, además, quieren que sea hereditario.

La misma situación anterior, con idéntica concentración. Y la misma pregunta de Franco:

–¿No están contentos con el decreto de un trabajo fijo para toda la vida?

–No, Excelencia. Protestan porque el decreto no dice nada de las vacaciones.

Desde 1962 a 1967 se viven años de cierto esplendor: desarrollo económico, rápido crecimiento, renacimiento del comercio exterior, aumento del nivel de vida de las capas medias, importantes ingresos por turismo, difusión del automóvil privado... Las celebraciones (en 1964) de los veinticinco años del régimen, bajo el lema “XXV años de paz” (escrito así, con el cardinal en números romanos), alcanzan un gran boato, pero sirven para recordar a los españoles que llevan demasiado tiempo bajo una dictadura que todavía no da señales de defunción, y proliferan los chistes en que se toma a chirigota, por muy diferentes motivos, la celebración de ese cuarto de siglo y a su responsable:

–Van a proponer a Franco para el Nobel de la Paz.

–¿Por los XXV Años?

–No. Para ver si así se decide a retirarse de una vez y deja de dar guerra a los españoles.

–En Suecia quieren darle a Franco el Nobel de Física. Porque después de inventar el *movimiento* lleva veinticinco años con España *inmovilizada*.

En los chistes, Franco aparece, sobre todo a partir de esos veinticinco años de mandato, pero muy especialmente durante su larga agonía antes de morir en el madrileño hospital de La Paz, como un anciano que, fuera ya de la realidad:

Con un Franco ancianísimo, se celebra una manifestación más de adhesión a su persona en la Plaza de Oriente. El público aplaude enfervorizado cuando lo ve aparecer en el balcón del Palacio Real. Franco, de tan viejo, ya no sabe ni dónde está. Se vuelve hacia su mujer y pregunta:

–Pero, bueno, Carmen, ¿sube o no sube Gento a recoger la copa? [1971]

Franco se recupera de una anestesia. Abre los párpados y se encuentra rodeado por un nutrido grupo de médicos ataviados con batas blancas.

–¿Quiénes son estos señores de blanco? –quiere saber.

–El equipo habitual, Excelencia.

Entonces el Caudillo se anima y rompe a vocear:

–Pues... ¡Hala, Madrid! ¡Hala, Madrid! ¡Hala, Madrid!¹⁵ [octubre 1975],

conserva su optimismo y su petulancia, y está aferrado al poder y la gloria hasta extremos realmente irrisorios, en competencia directa con quienes tienen que atenderle y hasta con Dios:

La gente espera el acostumbrado parte médico de la radio sobre la salud del Jefe del estado. Y el locutor lee:

–Víctimas de agotamiento físico, han fallecido todos los componentes del equipo médico habitual. Firmado: Francisco Franco.

24 de diciembre de 1975. La gente conecta el televisor para escuchar el tradicional mensaje de Navidad del Jefe del Estado. Pero se pierde la imagen y se escucha la voz del Caudillo:

–Españoles: aunque ya no estoy entre vosotros, no deseo que estas fechas pasen sin la comunicación que siempre hemos tenido en tan entrañables fechas. Por eso, *sentado a la diestra de Dios Padre* os prevengo contra las asechanzas del comunismo y la masonería internacional...

Y exactamente un año más tarde, por la misma fecha, acordes del Himno Nacional. También las pantallas de los televisores permanecen en blanco, pero llega la inconfundible voz de Franco:

–Españoles: hoy es una fecha trascendental para mí y para vosotros. *Desaparecido Dios Padre*, en virtud de las leyes vigentes asumo todos los poderes.¹⁶

Cabe preguntarse, a la vista de los ejemplos, si había otro tipo de chistes políticos y si los españoles hacían chanza de otros protagonistas en ellos. Quizá los había –aunque hay que contar con que todos los citados aquí proceden de un libro de chistes *sobre Franco* precisamente–, pero seguramente eran pocos y no eran populares, dado el grado de información política de que gozaban los españoles de la época (parece incluso improbable que el pueblo conociera bien el nombre de los ministros correspondientes), y la capacidad crítica explícita que podían permitirse desplegar sin temer represalias. Pero alguno hay. Y por los chistes sabemos, por ejemplo, que, llegado el momento, comenzaron por considerar rematadamente simple y tonto al príncipe Juan Carlos, seguramente por el solo motivo de ser la persona designada como sucesora del dictador, la que daría continuidad a un caudillo que quería dejarlo todo “atado y bien atado”:

Don Juan Carlos le dice a su esposa:

–Sofía: ¿quieres que salgamos esta noche a cenar a Madrid, de incógnito?

Ella se muestra conforme. Ambos se disfrazan hasta ser completamente irreconocibles. Salen del palacio de La Zarzuela y entran en una tasca típica. Pregunta el camarero:

¹⁵ Como puede verse, también entonces se consideraba que el Real Madrid era el equipo del régimen; y que el fútbol era “el opio del pueblo”.

¹⁶ No obstante, y en honor a la verdad, es preciso reconocer y recordar que, tras su muerte, el pueblo acudió en masa hasta su capilla ardiente (en el Palacio Real) a despedir a Franco; no pocos afirmaron, con el tiempo, haberlo hecho para asegurarse “en persona” de que realmente era su cadáver el que estaba allí.

–¿Qué van a tomar?
 Y dice Don Juan Carlos:
 –Pues a la princesa Sofía y a mí nos va a poner unas cañas y... [1967];

y no sólo desconfiaban del príncipe, sino también de la posibilidad de que, muerto Franco, su voluntad de continuidad realmente perdurara:

–¿En qué se parece el príncipe dos Juan Carlos a Franco?
 –En que los dos sufren insuficiencia *coronaria*. [1975]
 –Cuando se muera Franco tendremos la monarquía *orgásmica*.
 –¿Por qué?
 –Porque vendrá después del *Movimiento* y durará *muy poquito*.

En los chistes podemos encontrar también huellas del magnicidio que acabó con la vida del almirante Carrero Blanco, presidente del Gobierno desde seis meses antes, en la madrileña calle de Claudio Coello el 20 de diciembre de 1973: la banda ETA, que se estrenaba con este atentado en la capital, hizo volar por los aires el automóvil en el que viajaba, que subió veinte metros, tropezó con la cornisa de la casa provincial de los jesuitas y cayó en el patio interior:

Después del magnicidio, uno de sus nietos pregunta a Franco:
 –Abuelito: ¿tu crees que Carrero estará en el Cielo?
 –No, querido
 –¿Por qué, abuelito?
 –Por la cornisa, guapo, por la cornisa.

Y en los chistes hay muestras también de cómo los partidarios del régimen lo defendían a capa y espada:

Un norteamericano hace turismo por España acompañado por un franquista visceral, que actúa de cicerone. El yanqui comenta que le parece increíble que tantos años después de concluida la guerra exista todavía una política tan represiva en el país. El franquista hace como si no lo hubiera oído y blasona de las realizaciones y logros del régimen: erradicación del analfabetismo, repoblación forestal, desaparición de las regiones devastadas, los pantanos... El norteamericano insiste:
 –Pero ustedes no tienen libertad.
 –¿Y qué coño de libertad tienen ustedes en Estados Unidos?
 –Pues, por ejemplo: ¿a mí me cae mal el presidente? Pues puedo ir a las puertas de la Casa Blanca y gritar: "¡Muera Eisenhower!".
 –¡Ah! ¿Sí? Pues ahora mismo se va usted a venir conmigo, vamos a ir a las puertas del palacio de El Pardo, yo gritaré: "¡Muera Eisenhower!", y verá como nadie me detiene,

y de cómo, por añadidura, y aunque fuera en tono de chanza, los menos partidarios evidenciaban la falta de libertad que les oprimía.

A modo de conclusión

La risa del chiste (que se cuenta en público, pero se disfruta individualmente) era probablemente una de las pocas transgresiones, si no la única, que podían permitirse impunemente aquellos españoles obligados a cumplir con la disciplina impuesta a su vida, a

comportarse con el debido pudor, a reconocer “autoridad” a sus “superiores” y a disfrutar con medida moderación de sus momentos de esparcimiento y ocio. Aunque muchos de los chistes aquí citados pueden parecer fruto de otra época (y lo son), en realidad nuestros chistes de ahora son herederos de aquellos: los mismos o similares procedimientos formales, la misma o similar voluntad de “transgresión” –intrascendente, pero transgresión. Por internet circula uno que puede servirnos de ejemplo, aunque no es un chiste “popular” (¿cuántos de nosotros podríamos contarlos sin confundir/olvidar los nombres que tan documentadamente se han utilizado): su protagonista es también Franco, que ha resucitado y pide, desde las coordenadas de otros tiempos, información sobre el presente; y en él se pone en evidencia lo mismo que tantas veces se “criticó” del caudillo: el modo –que pasa a sus sucesores– en que los políticos, los poderosos, se aferran al poder:

Va Franco y resucita, y se encuentra con un vigilante del Valle de los Caídos:

- Pero, ¿cómo es posible? –pregunta estupefacto el vigilante.
- ¡Deje de extrañarse y dígame!, ¿quién manda en España?
- Mandan los suyos. Mire: de presidente, Aznar...
- ¡Buen periodista Manuel Aznar Zubigaray! Escribió *Historia Militar de la Guerra en España*.
- ¡No! El nieto del periodista.
- ¿Quién es el portavoz del Gobierno?
- Pío Cabanillas.
- ¡Muy inteligente! ¡Sí señor! ¡Cabanillas Gallas! ¡Mi ministro de Información!
- No, el hijo.
- ¿Quién está de embajador en Marruecos?
- Arias Salgado.
- ¡Bien! Mi otro ministro de Información y Turismo, Gabriel Arias Salgado.
- ¡No! El hijo.
- ¿Cómo van las relaciones con los marroquíes?
- Hay algunos problemas con la inmigración, pero el Gobierno ha encargado a Fernández Miranda de esos asuntos.
- ¡Hombre! ¡Torcuato! ¡Muy acertado para el cargo!
- ¡No, no, no, no! El hijo, Enrique.
- ¿Y en Vascongadas y Cataluña cómo van las cosas?
- Ahora las regiones se llaman autonomías y el ministro que las coordina es Jesús Posada.
- ¡Posada Cacho! Mi fiel gobernador civil de Soria.
- ¡No! El hijo. Y Oreja es el representante del partido del Gobierno en Vascongadas.
- ¡Hombre, mi fiel Marcelino!
- No, el sobrino.
- ¿En Justicia quién está?
- Hay uno nuevo, no me acuerdo cómo se llama, pero antes estaba Mariscal de Gante.
- ¡Bien! Mi director general de Régimen Jurídico de la Prensa, Jaime Mariscal de Gante.
- ¡No, tampoco! La hija, Margarita.
- Y en la Puerta del Sol, en la sede de Gobernación, ¿quién está?
- Un buen amigo de los socialistas, Ruiz.
- ¿Pero cómo mi portavoz, Víctor Ruiz Albéniz, va a ser amigo de los socialistas?
- ¡No! Es el nieto, Alberto Ruiz Gallardón.
- Y en Galicia, dime: ¿quién está en mi Galicia natal?
- Fraga.
- ¿El nieto?
- No... ¡el de siempre!

A su modo, sin duda, los chistes (los chistes pícaros en particular, pero también los

“políticos”) contribuían en la época franquista a prevenir, más que curar, en los españoles las heridas de una dictadura que, a fuerza de represión y de dejarlos fuera de toda decisión de poder real, precisaba de alguna catarsis más o menos lúdica. Y para eso han estado siempre y están los “democráticos” chistes, creados (casi siempre) por y para el pueblo.

Bibliografía

BERGSON, Henri:

Le rire (Essay sur la signification du comique) (1900), en *Oeuvres*, edic. del centenario de su nacimiento, París, PUF, ³1970, pp. 391-485.

ESCABIAS LLORET, Pilar:

“Mujer y educación”, en Silvia Caporale BIZZINI y Nieves MONTESINOS SÁNCHEZ (eds.), *Reflexiones en torno al género. La mujer como sujeto de discurso*, Alicante, Universidad de Alicante, 2001, pp. 59-82.

FERRÁNDIZ, Alejandra y VERDÚ, Vicente:

Noviazgo y matrimonio en la burguesía española, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1974.

FLECHA GRACIA, Consuelo:

“Algunos aspectos sobre la mujer en la política educativa durante el régimen de Franco”, *Historias de la Educación. Revista Universitaria* (Univ. de Salamanca), 8, 1989, pp. 76-97.

FREUD, Sigmund:

El chiste y su relación con lo inconsciente, en *Obras completas*, vol. I, Madrid, Biblioteca Nueva, 1967, pp. 825-937.

LINARES, Luis de:

“[La risa en Europa Occidental] Los españoles”, en Pierre Daninos (ed.), *La vuelta al mundo de la risa*, Madrid, Taurus, 1956, págs. 94-102.

PGARCÍA:

Los chistes de Franco, Madrid, Ediciones 99, 1977.

PLAZA MOLINA, Gabriel:

El triángulo de las verduras, Barcelona, Plaza y Janés, 1981 (4ª ed.; 1ª ed. 1980).

VIGARA TAUSTE, Ana María:

El chiste y la comunicación lúdica: lenguaje y praxis, Madrid, Libertarias, 1994.